

XVIII

El fin de una raza.

Una mañana tenia lugar una interesante partida en el círculo del juego de pelota. Alrededor de la inmensa línea, sobre el terreno preparado como un circo, una gran red de estrechas mallas cubria las evoluciones de seis jugadores, con chaquetas blancas, zapatillas de sala de armas, saltando, aullando, agitando sus pesadas vaquetas. El día que filtraba por los vidrios de la montería, aquella red tendida, los gritos roncós, las vueltas, los saltos, la imposible corrección de los mozos de servicio, todos ellos ingleses, paseándose majestuosamente por la galería, podían hacer creer que aun se hallaban asistiendo al ensayo de gimnastas y de clowns. Entre esto clowns, monseñor el príncipe de Axel, á quien se habia recomendado el noble ejercicio de la pelota como higiénico para su asma, podía contarse como uno de los más alborotadores. Llegado la víspera de Niza, en donde habia pasado un mes á los piés de Coletta, aquella partida era su entrada en la vida parisién, y enviaba su pelota con unos «jau!» de leñador, y extendia sus brazos que podían figurar muy ven-

tajosamente en un matadero, cuando vinieron á decirle que preguntaban por él.

—¡Eh!—respondió el presuntivo sin volver la cabeza.

El criado insistió, y dijo á su oído un nombre que le calmó, sorprendiéndole á la vez.

—Está bien... rogadle que espere... Voy en cuanto concluya la partida.

Terminada ésta, se dirigió á una de las casetas de baños fríos que hay alrededor de la galería, amuebladas de bambú, coquetamente cubiertas con esteras japonesas, y encontró allí á su amigo Rigolo, sentado en un diván, con los ojos bajos.

—¡Oh, príncipe! ¡Qué ventura!—dijo el rey de Iliria alzando su trastornado rostro.

Y se detuvo á la vista del mozo cargado de servilletas, guantes de lana y erin para esponjar, limpiar y frotar á Monseñor, que sudaba y humeaba como un maklembourgés que acaba de subir una cuesta. Concluida la operacion, Christian continuó, con los lábios pálidos, temblorosos:

—Os diré lo que me sucede. ¿No habeis oido hablar de esa aventura de la casa de pupilas...?

La Alteza le dirigió una mirada adormecida.

—¿Os pescaron?

El rey afirmó con una señal, separando sus indecisos ojos. Luego, despues de una ligera pausa,

—Figuraos la escena... La policía, en medio de la noche... La chiquilla que llora, rueda por el suelo... araña á los agentes... se me agarra á las piernas... ¡Monseñor... Monsieur... salvadme! Yo quiero hacerla callar... es demasiado tarde... Cuando trato de dar un nombre cualquiera, el comisario se echa á reir... Es inútil, me dice... mis hombres os han reconocido. Sois el príncipe de Axel.

—¡Esta sí que es buena!...—gruñó el príncipe metido en el baño...—¿y luego?

—A la verdad, querido, yo estaba tan aturdido... fui cogido tan de repente... y luego por otros motivos que yo os diré... En

una palabra, dejó á aquel hombre en su error, convencido que el asunto no tendría consecuencias... Pero nada de eso... Han vuelto á hablar de ello, y como acaso os llamen ante el juez de instruccion... vengo á suplicaros...

—Sí, que vaya al correccional en vuestro lugar.

—¡Oh! las cosas no llegarán á tanto... Solo que como los periódicos hablarán y pronunciarán ciertos nombres... Y en este momento, con lo que se prepara en Iliria, el movimiento realista, nuestra próxima restauracion... este escándalo produciria muy mal efecto...

¡Qué lamentable figura hacia el desventurado Rígolo mientras esperaba la decision de su primo Axel, que se peinaba sus tres pelos amarillos delante del espejo!

En fin, el príncipe se decidió á hablar.

—¿Con que creéis que los periódicos?...—Y de repente, con su voz de ventrílocuo, velada y dormida:—«¡Magnífico... será muy chiel... ¡Cómo rabiara mi tío!

Concluyó de arreglarse, cogió su baston, se puso el sombrero y—«vamos á almorzar...»—Cogidos del brazo montaron en el faeton de Christian que los estaba esperando, y el secreto equipaje partió como el viento, llevando á nuestros inseparables hácia el café de Lóndres. Al atravesar la plaza de Vendome, casi desierta á aquellas horas, una mujer de traza elegante y joven se detenía en la acera, con un niño de la mano, mirando los números. Su alteza, que desde lo alto de su asiento iba mirando todas las caras con la avidez de un correton que ayunó por espacio de tres semanas, la vió y se estremeció.—«Mirad, Christian, se diria que es...» —Pero Christian no le oyó, ocupado en regir su caballo, que estaba muy inquieto aquella mañana; y cuando se volvieron para mirarla, ella y su hijo acababan de entrar bajo la bóveda de una casa inmediata al Ministerio de Justicia.

Ella andaba de prisa, aunque inquieta y vacilante, cubierta con su velo, como en una primera cita; pero si el traje sombrío, pero rico, si su aspecto misterioso podia hacer dudar por un ins-

tante de aquella mujer, el nombre que preguntó al portero, el acento de tristeza con que fué pronunciado aquel nombre, de los más célebres de la ciencia, alejaba toda idea galante.

—¿El doctor Bouchereau?—Primer piso, puerta de enmedio.

—Pero si no teneis número, es inútil que subais.

Ella no contestó, se lanzó á la escalera arrastrando al niño, como si temiera que alguno la llamase. En el primer piso, la dijeron lo mismo. «Si la señora no se habia inscrito la víspera...

—Esperaré,—contestó.

El criado, sin insistir, la hizo atravesar la primera antecámara donde habia bastante gente sentada en bancos de madera, luego otra tambien llena de gente, y en seguida abrió con solemnidad la puerta del salon que cerró en cuanto la madre y el niño habian entrado, como diciendo: «Ya que quiere esperar, que espere.»

Era una bastísima pieza, suntuosamente decorada, con pinturas en el techo, ensambladuras y rosetones. La ausencia de todo objeto de arte, revelaba al médico modesto, trabajador, á cuya casa ha llegado la voga de improviso, y que no ha hecho ningun gasto para esperarla, ni para recibirla. ¡Y qué voga!...

Aquel día, aunque no fuesen más que las once, el salon estaba lleno de figuras sombrías, inquietas, alineadas alrededor en sillas, ó agrupadas al velador, mirando libros, examinando periódicos ilustrados, volviéndose apenas á mirar á los que entraban, cada uno preocupado de sí mismo, en su mal, absorto por la ansiedad de lo que pronunciaria el adivino. Las mujeres aun guardaban su coquetería, algunas una máscara altanera sobre su sufrimiento, mientras que los hombres, arrancados al trabajo, á la actividad física de la vida, parecian más heridos, más abandonados.

Entre aquellos sufrimientos egoistas, a madre y su pequeño compañero formaban un grupo interesante; él, tan débil, tan pálido, con aquel rostro privado de facciones y de color, donde no habia más que un ojo vivo; ella, inmóvil, como sujeta á una hor-

rible inquietud. Y la gente entrando siempre, desde el pesado y obeso banquero que desde la mañana hace guardar dos sillas por su criado, hasta el simple empleado, que se ha dicho: «Cueste lo que cueste, consultemos á Bouchereau.» Todos los trages, de todas hechuras, sombreros de visita y gorros de lana, sencillos vestidos negros al lado de brillantes sedas; pero la igualdad aparece en los ojos enrojecidos por las lágrimas, las frentes inquietas, los trances y las tristezas que llenan el salon del gran consultante de París.

Entre los últimos que llegan se cuenta un aldeano, rubio, tostado, ancho de cara y de hombros, acompañado de un pequeño sér raquítico, que se apoya de un lado en él y de otro en una muleta. El padre toma tiernas precauciones, inclina bajo su blusa nueva su espalda encorbada por el trabajo, y pone gran cuidado al sentar á su hijo:

—¿Estás bien?... Espera que te ponga un almohadon debajo.

Y habla en alta voz, con libertad, incomoda á todo el mundo para obtener una silla, un taburete. El niño, intimidado, por el sufrimiento, está silencioso, con el cuerpo inclinado, teniendo su muleta entre las piernas.

Por fin, instaladas ya, el aldeano se echa á reir, llenos de lágrimas sus ojos: «¡Eh! ya estamos aquí... ¡Es un médico famosol... Pronto te curará.» Luego pasea sobre la concurrencia una sonrisa que se estrella contra la dura frialdad de todos los rostros. Sólo la dama vestida de negro y acompañada tambien de un niño, le miró con bondad, y aunque parece algo orgullosa, él se pone á hablarla, le cuenta su historia; dice que se llama Raizou, labrador de Valenton, que su mujer está casi siempre enferma, y que, desgraciadamente, sus hijos han sacado más de ella que de él, tan valiente y tan fuerte. Los tres mayores han muerto de una enfermedad que padecian en los huesos. El último parecia que se libraria de ella; pero desde hacia un mes estaba como los otros. Entónces arrojaron un colchon sobre los bancos del carro, y han venido á ver á Bouchereau.

Y todo esto lo decia con tono reposado, con esa charla de las gentes de campo, y mientras su vecina le escuchaba enternecida, los dos pequeños enfermos se examinan curiosamente, atraidos por la enfermedad que les dá, tanto al niño de la blusa y tapaboca de lana, como al niño cubierto de finas pieles, una melancólica semejanza. Pero por el salon corre un estremecimiento repentino, todos cambian de color, todas las cabezas se vuelven hácia una puerta, detrás de la que se oyen pasos y ruido de sillas. Ya está allí, acaba de llegar. Los pasos se aproximan. En la entreabierta puerta aparece un hombre de mediana estatura, grueso, cuadrado de espaldas, frente calva, facciones duras. Con una mirada que se cruza en otras ansiosas, dá la vuelta al salon, eserutando aquellos dolores recientes ó antiguos. Pasa un enfermo, se cierra la puerta. «Esto no va á ser muy cómodo», dice Raizou á media voz, y para asegurarse mira á toda aquella gente que pasará antes que él á la consulta. Una verdadera multitud y largas horas de espera marcadas por el sonoro timbre del reloj provincial, colocado en el mármol de la chimenea. A cada voz se gana un puesto; hay un movimiento de vida en el salon, y luego todo vuelve á quedar silencioso é inmóvil. Desde que ha entrado, la madre no ha dicho una palabra, ni alzado el velo, y se desprende de su silencio, ó más bien de su mental oracion, algo tan imponente que el aldeano no se atreve á dirigirla ya la palabra, se queda tambien mudo, y solo de tiempo en tiempo lanza algun ahogado suspiro.

Las horas pasan lentas y tristes. En el salon que se va oscureciendo los rostros parecen más pálidos, más nerviosos, y se vuelven suplicantes hácia el impasible Bouchereau cuando hace su regular aparicion. El hombre de Valenton se desespera pensando que volverá á su casa cerrada la noche, que su mujer estará inquieta y que el niño tendrá frio. Su disgusto es tan vivo, se esplica con una sencillez tan tierna que, cuando cinco mortales horas despues la madre y su hijo ven llegarles su vez, se la ceden al buen Raizou. «¡Oh! señora, gracias...» Su efusion no

tiene tiempo de ser incómoda, porque la puerta acaba de abrirse. Rápido, coje al niño, lo levanta, le dá la muleta, tan turbado, tan conmovido, que no vé lo que la dama desliza en la mano del estropeado. «¡Para tí... para tí!»

Por fin les llegó la vez, y entran en un gabinete iluminado por una gran ventana, que abre sobre la plaza, lo que proporciona alguna claridad, á pesar de lo avanzado de la hora. La mesa de Bouchereau está delante, muy sencilla, un escritorio de médico de aldea ó de receptor de impuestos. Él se sienta con la espalda vuelta á la luz, que hiere á los recién venidos, á la mujer, cuyo velo alzado deja ver su rostro enérgico y jóven, de brillante tez y ojos fatigados por dolorosas veladas, y al niño bajando la cabeza como si la claridad de la luz de frente le incomodase.

—¿Qué es lo que tiene?—dijo Bouchereau atrayéndolo á sí, con un acento de bondad, un gesto paternal, porque bajo la dureza de su rostro se oculta una exquisita sensibilidad que cuarenta años de ejercicio no han aminorado en nada. La madre, antes de contestar, hace señal al niño para que se aleje, y luego, con voz grave, acento extranjero, cuenta que su hijo ha perdido el año anterior el ojo derecho por un accidente. Ahora empieza á padecer en el izquierdo turbaciones, nieblas, deslumbramientos, una alteracion sensible de la vista. Para evitar la completa ceguera, le han aconsejado la extraccion del ojo muerto. ¿Es posible?... ¿El niño está en estado de soportar la operacion?

Bouchereau escucha con atencion, inclinado sobre la mesa, fijando sus penetrantes ojos en aquella boca desdenosa, de labios rojos, que el carmin jamás ha tocado. Luego, cuando la madre termina,

—La enucleacion que se os aconseja, señora,—dice,—se hace diariamente y sin ningun peligro, á ménos que no haya circunstancias muy escepcionales. Una sola vez en veinte años he tenido un caso, un pobre diablo que no resistió á la operacion.

Cierto es que era un viejo, un triste trapero, alcoholizado, mal comido. Aquí es muy diferente. Vuestro hijo no es muy fuerte, pero procede de una bella y sólida madre que le habrá comunicado toda su robustez. Ahora lo veremos.

Y llamó al niño, lo colocó entre sus rodillas, y para distraerle y ocuparle durante su exámen, le preguntó sonriendo:

—¿Cómo te llamas?

—Leopoldo.

—¿Leopoldo qué?

El niño miró á su madre sin responder.

—Pues bien, Leopoldo; quítate la chaqueta, el chaleco... Que yo pueda inspeccionar, escuchar todo.

El niño se desnudaba torpemente ayudado por su madre, cuyas manos temblaban, y por Bouchereau, más hábil que ellos dos. ¡Oh! pobre cuerpecito seco, raquítrico, con los hombros metidos hácia el estrecho pecho, como las alas del pájaro replegadas antes del vuelo, y una carne tan mate que el escapulario y las medallas se destacaban como los ex-votos sobre el yeso! La madre bajó la cabeza avergonzada de su obra, mientras que el médico asculta, percute, interrumpiéndose para hacer algunas preguntas.

—¿Tiene mucha edad su padre?

—No señor; treinta y cinco años.

—¿Padece alguna enfermedad?

—Casi nunca está enfermo.

—Esta bien: vístete, hijo mio.

Y se hunde en su butaca, pensativo, mientras que el niño, despues de haberse puesto sus pieles, va á ocupar su puesto en el fondo sin que se le diga. Desde hace un año está tan acostumbrado á aquellos misterios, á aquellos eufichicos alrededor de su mal, que no se inquieta, ni trata de comprender. Pero la madre, ¡qué angustiada mirada dirige al médico!

—¿Y bien?

—Señora,—dice Bouchereau en voz baja, sacudiendo cada

palabra,—vuestro hijo está, en efecto, amenazado de perder la vista. Y, sin embargo, si fuese mi hijo no le operaría. Sin explicarme aún esta naturaleza, veo extraños desórdenes, un trastorno en todo el organismo, sobre todo, una sangre la más viciada, la más gastada, la más pobre...

—¡Sangre de reyes! —exclamó Federica, levantándose bruscamente, como si hubiese recibido una ofensa. En aquel momento se acordó del pálido rostro de su primogénito encerrado en un ataúd cargado de flores. Bouchereau, de pié también, súbitamente iluminado por aquellas tres palabras, reconoció á la reina de Iliria, á quien jamás había visto, porque ella no iba á ninguna parte, sino por los retratos que abundaban en todo París.

—¡Oh! señora.... Si lo hubiera sabido....

—No os escuseis,—dijo Federica más calmada;—yo he venido aquí para oír la verdad, esa verdad que nosotros jamás escuchamos,—ni aun en el destierro.—¡Ah! ¡Sr. Bouchereau, qué desgraciadas somos las reinas! ¡Todos me están acosando para que haga operar á mi hijo! ¡Y todos saben que en ello le vá la vida! —¡Pero, la razon de Estado! Dentro de un mes, quince dias, acaso más pronto, las Dietas de Iliria enviarán por nosotros. Quieren tener un rey que mostrar... ¡Tal como está, pase; pero ciego! Nadie lo admitirá... ¡Entonces, á riesgo de que muera, la operacion!... Reina ó muere... Y yo iba á hacerme cómplice de tal crimen... ¡Pobre Zara mio! ¡Qué importa que reine, Dios mio! ¡Que viva! ¡que viva!

Son las cinco. Se acerca la noche, la calle de Rívoli, llena de gente por la vuelta del bosque y la hora de las corridas, los carruajes van al paso, siguiendó la verja de las Tullerías, que parece, herida por el sol poniente, proyectarse en largas barras de hierro sobre la multitud. Por allí va rodando la pesada carroza blasonada con las armas de Iliria. Al volver el ángulo de la calle Castiglione, la reina vé de repente enfrente de ella

el hotel de las Pirámides, y esto le recuerda las ilusiones de su llegada á París, como la música de los cobres que sonaban aquel dia entre los sotillos de los parques. ¡Cuántas decepciones despues, cuántas luchas, cuántos combates! Ahora todo se ha concluido, absolutamente todo. La raza se ha extinguido... Un escalofrio de muerte recorre todo su cuerpo, mientras que el landó adelanta hácia la sombra, siempre hácia la sombra. Por eso no ve ella la tierna, suplicante mirada que el niño le dirige.

—¿Mamá, si ya no soy rey, me amarás ménos por eso?

—¡Oh! ¡hijo de mi alma!

Y oprime apasionadamente su pequeña mano entre las suyas... Ya está hecho el sacrificio. Alentada, reconfortada por aquel abrazo, Federica no es ya más que madre, nada más que madre, y cuando las doradas Tullerías se presenten de repente á su vista para recordarle el pasado, las mirará si n emoción, sin memoria, creyendo ver alguna antigua ruina de Asiria ó del Egipto, testigo de las costumbres de pueblos desaparecidos de una gran ciudad olvidada, muerta!

FIN